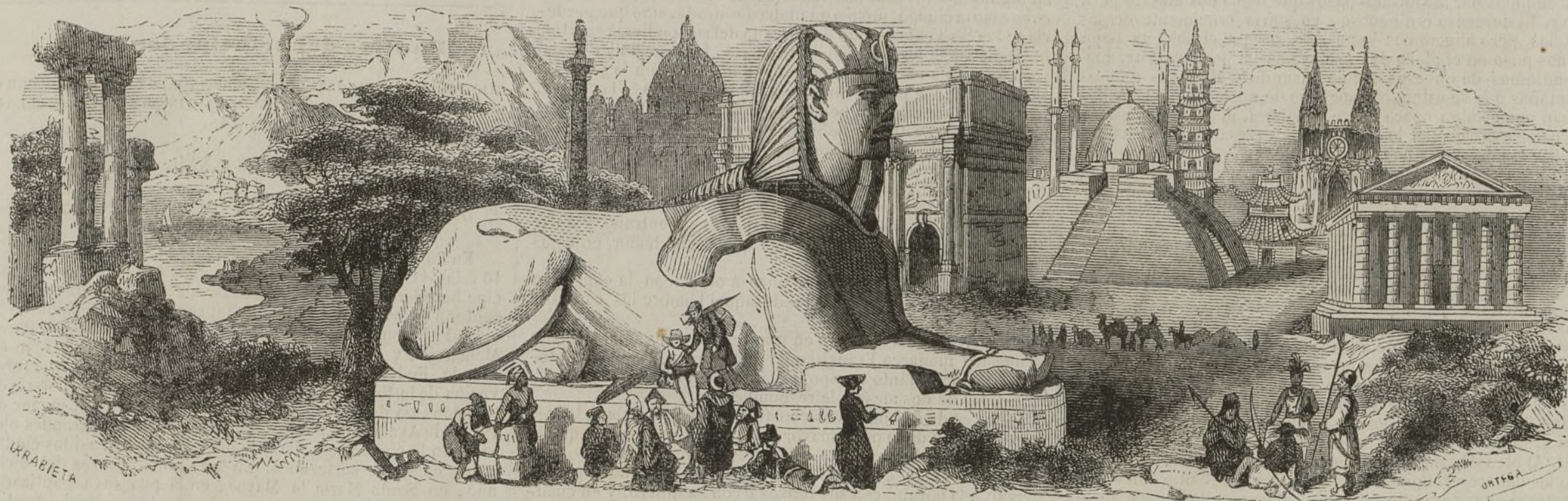


EL UNIVERSO PINTORESCO,

10, JULIO, 1852.

PERIÓDICO MENSUAL.



Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. . . 20 rs.
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Principe, Madrid.

No se admiten suscripciones a este periódico solo, sino con el Museo.
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. 24 rs
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Una ascension al monte Ararathe, conclusion.—Mara-
villas del arte y de la industria, por don F. Fernandez Villabrilte.—
La venganza de un valiente —Biografía de don Juan de la Cueva,
por don Manuel Maria del Campo. —Costumbres de Barcelona, no-
vela.—La Huérfana del Pirineo, continuacion, novela por don Jo-
se Maria Goizueta.
GRABADOS. Armenia; iglesia patriarcal.—El Olimpo en el rincón de
la calle; Júpiter, Mercurio, Vulcano, Ceres, Flora, Diana, Apo-
lo y Neptuno.—Traje de boda de los javaneses.

Una ascension al monte Ararathe.

(Conclusion.)

No tuve entonces mas que un solo pensamiento, un solo
deseo, un poco de reposo. Me senté sobre mi capa; me ha-
blaba en una superficie ligeramente convexa que tenia la for-
ma de una cruz de doscientos pasos de circunferencia, cuyos
bordes terminaban por todos lados y especialmente por los
de S. O. y N. E. en declives muy escarpados. Esta llanura
formada con la nieve perpétua, y en la cual seria inútil
buscar una sola piedra, era la cabeza austera, la cabeza
blanca del viejo Ararathe. Al E. se estiende mas uniforme-

mente que en las otras direcciones y se une por una ligera
depression cubierta igualmente de nieve que no se derrite
nunca, a una segunda cima algo menos elevada, y separada
de la primera casi un cuarto de milla. Esta depression tiene
la figura de una silla de caballo, se la puede distinguir con
facilidad desde la llanura del Ararathe, pero se la ve en lon-
tanza, y como la cúspide mas baja se distingue antes que
la alta cubierta enteramente de nieve por detrás, se cree que
es tanto o mas elevada. Las observaciones científicas hechas
por el doctor Parrot en la direccion N. O. sobre la llanura del
Arais, dan siete pies de diferencia entre las dos cimas, aunque
desde cierto punto parezca mayor.

La ligera depression que las separa, presenta un plano de
nieve ligeramente inclinado en la direccion del S. por el
cual se puede marchar con facilidad de la una a la otra. Es de
suponer que en este sitio se pararia el arca, si es cierto que
paró en la cima del monte, porque segun la dimension que
la atribuye el Génesis no hubiera cubierto la décima parte de
esta superficie. Den-Porter en sus viajes a la Georgia, Persia
y Armenia publicados en Londres en 1824, se ha esforza-
do en probar, comentando los textos sagrados, que el arca se
detuvo mucho por bajo de la cima.

Como quiera que sea, sus reliquias no existen en parte
alguna de la montaña, ni en la cima ni en los valles, ni en
los llanos. Estas reliquias era imposible que se conservasen
hasta el día bajo las nieves perpétuas de que esta cubierta
la cima, si, como está perfectamente probado, los hielos se
han formado despues del diluvio.

«Desde el punto culminante del Ararathe se descubre un
panorama inmenso, pero desde tanta elevacion y distancia no
pude distinguir mas que los conjuntos principales. El valle de
Arais está cubierto en toda su estension de un vapor par-
dusco, al través del cual me parecian los dos puntos de Hivan
y Sardorabad tan pequeños como mi mano. Al Mediodia las
colinas, en cuyas faldas está situado Bayadid se distinguan
claramente. Al N. N. O. el Alhages, levantaba su cabeza colo-
sal, corona de peñascos verdaderamente inaccesible, cuyos
huecos están llenos de charcos de nieve. Mas próximo al
Ararathe, especialmente al S. E. y al O., se estiende un núme-
ro considerable de montañas menos elevadas, cubiertas en su
mayor parte de cúspides cónicas, al medio llenas de grietas
y volcanes consumidos desde muy antiguo. En la direccion
del E. S. E. veia por bajo de mí al pequeño Ararathe. Su ci-
ma no me pareció, como desde la llanura, de figura cónica, se
parecia mas bien a la seccion de una pirámide truncada con
cierta cantidad de eminencias rocosas de distintas elevacio-
nes en sus ángulos y centro. Me sorprendió en extremo ver
gran parte del lago Golkchay, cuyas aguas de un azul oscuro
brillaban distintamente al Norte detrás de las altas montañas
que guarnecen sus orillas, y que siendo de tan desmesurada
elevacion parecia increíble que se las pudiera descubrir des-
de la cúspide del Ararathe.»

Despues de contar, que el diácono Abovian puso otra se-
gunda cruz treinta pasos por bajo de la cúspide, el doctor
Parrot continúa así. «Me ocupé en observar el barómetro
que tenia dispuesto en medio de la cima. El mercurio no se



Armenia.—Iglesia patriarcal.

elevaba sobre 45 pulgadas ²/₃ de línea, medida de París á una temperatura de 6 ²/₃ Fahrenheit por bajo de cero. Esta observación comparada con otra practicada en el monasterio de Santiago, da al Ararathe una elevación de 40,876 sobre el mismo monasterio, y 47,210 sobre el nivel del mar.

«Después de permanecer en la cúspide tres cuartos de hora los seis que habíamos ascendido, pensamos en bajar, y para prepararnos cada uno comió un pedazo de pan y bebió un vaso de vino á la memoria del patriarca Noé, y después descendimos por los mismos pasos que habíamos abierto para subir. El descenso era penoso, yo sufría cruelmente de las rodillas, pero aligeramos lo posible, porque el sol, ya bajo, se nos puso en el plano donde clavamos la primera cruz, donde gozamos de un espectáculo magnífico. Mientras que las montañas que se extendían por bajo de nosotros al O. destacaban una sombra opaca sobre la llanura, mientras la oscura noche se esparcía por los valles y atravesaba por instantes los flancos del Ararathe, los últimos rayos del sol poniente iluminaban con resplandeciente claridad la cúspide helada de donde habíamos bajado; después la abandonaron á la noche que nos cercó por todas partes, y el descenso hubiera sido peligroso si la luna, que salía por el lado opuesto no hubiese alumbrado nuestros pasos con su luz viva y encantadora.

«A las cinco y media llegamos al sitio donde habíamos vivaqueado el día anterior, y con los restos de la leña encendimos un buen fuego, que nos sirvió para preparar la cena y pasamos placenteramente la noche tibia y serena como la anterior. Al día siguiente á las seis continuamos nuestro descenso, á las ocho hallamos los buyes y conductores que nos esperaban en la llanura de Kip-Ghioll, y al día siguiente, 40 de octubre, entramos á las doce en el monasterio de Santiago, bajando los mismos pasos que Noé, su muger, sus hijos y mugeres de sus hijos habían bajado cuatro mil años antes. Al otro día, domingo, dimos gracias al Señor, cumpliendo los deberes religiosos, acaso no lejos del sitio donde Noé erigió el altar para depositar en las aras el homenaje de sus ofrendas.»

Mr. Parrot se propuso probar solamente que á pesar de cuanto refieren las tradiciones armenias, la cima del Ararathe era accesible á la planta humana. La relación de donde se ha reasumido este artículo, tiene muchos capítulos donde trata de la geología, de la flora, de los ventisqueros ó montes de hielo del Ararathe, y contienen importantes observaciones magnéticas, astronómicas y trigonométricas que hizo de la montaña durante la residencia en el monasterio y en sus tres ascensiones. Desgraciadamente la falta de espacio no permite describir aquí los notables trabajos científicos del intrépido viajero á quien tanto debe la ciencia.

Con todo, ¿puede creerse que su relación tan digna de fé bajo todas consideraciones no ha obtenido en Armenia mas crédito que el que se da en Francia á las novelas de Alejandro Dumas? El doctor Parrot ha pasado y pasará por mucho tiempo en aquel país como un fabricante de impresiones de viajes. Los diarios han sostenido que se proponía engañar la credulidad pública, se le acusó de haber mentido en cuanto había escrito, y estas acusaciones tomaron tanto incremento, que se vió obligado á justificarse en su obra, publicando á continuación las declaraciones recogidas solemnemente por las autoridades y prestadas bajo la sanción del juramento de las personas que le acompañaron en su ascensión, deposiciones que no dejarán duda alguna en el ánimo de los que las lean, sobre la veracidad del doctor Parrot. Además, las acusaciones de sus contrarios carecen hoy de interés, aunque ellos probaran que no había llegado á la cúspide del monte, no por eso sería menos sabia, contra lo que dicen las crónicas armenias, que la cúspide era accesible á los trabajos del hombre. El ejemplo de Mr. Parrot ha tenido imitadores. Un viajero ruso, Mr. de Autonomoff, hizo la ascensión de la montaña en 1834; en época mas reciente, otro llamado Abich, subió igualmente, y faltó muy poco para tocar su cima al coronel Stoddarth.

De todos modos, por incontestablemente verdaderas que fuesen en 1830 las descripciones de Mr. Parrot, hoy no lo son. Casi nada de lo que vió el doctor, no existe ya. ó por lo menos ha cambiado de forma y aspecto. Del 20 al 26 de junio de 1840, horribles temblores de tierra han trastornado todo bajo la cima del monte, ensanchado las hendiduras que le surcaban, y con especialidad la mas notable, sepultado bajo los escombros de la montaña el monasterio y la aldea de Arquri con sus mil habitantes, destruido 3,000 casas en el solo distrito de Sharur en el Arais, y esparcido torrentes de lodo y nieve derretida que han impreso en el Ararathe una huella imperecedera. La primera sacudida se sintió el 20 de junio á las seis de la tarde, y duró dos minutos con una violencia estremada. En el momento en que tuvo lugar, se oyó un ruido sordo que parecía provenir del interior del Ararathe en la dirección del E. N. E. Otras sacudidas menos fuertes y de la misma duración se sintieron hasta el 26. La cúspide se desplomó el 24. Ningun vestigio resta del monasterio, los campos que le circundaban donde tenían sus tiendas treinta familias de kurdos en el acto del temblor están hoy cubiertos de un lecho espeso de lodo. Los kurdos después han practicado muchas excavaciones en el sitio en que estaba situada Arquri, para buscar los tesoros de sus desventurados habitantes que perecieron sin escepcion bajo los escombros de sus casas.

Maravillas del arte y de la industria.

IV.

LA CASA CONSISTORIAL DE DREUX.

Los individuos del ayuntamiento y las personas notables de la ciudad de Dreux se habían reunido para deliberar con urgencia sobre un asunto, cuyo solo anuncio traía alborotados los ánimos de los habitantes de aquella buena ciudad. Habiase recibido un aviso de que el rey iba á honrarla con su presencia y á permanecer tal vez en ella algunos días, y era preciso festejar á toda costa á un huésped tan distinguido. El rey Francisco I de Francia, libre ya y de vuelta en su reino después de su largo cautiverio en Madrid, á donde había sido llevado después de la batalla de Pavia, se había propuesto

visitar algunas de las principales ciudades de su pueblo, tanto por interés político como por gratitud, pues las desgracias del rey no parece sino que habían redoblado el cariño que los pueblos le tenían. Pero en Dreux había la dificultad material de que en toda la ciudad había un edificio á propósito para alojar al rey, si no como él se merecía, á lo menos de modo que estuviese con mediana comodidad. Faltaba allí la casa de ayuntamiento, en cuya construcción tanto se esmeran en el extranjero, y era de temer que el monarca fuese á hospedarse en alguno de los castillos feudales de las inmediaciones, en cuyo caso la ciudad, no solo quedaba desairada, sino que perdería todas las ventajas que de la visita del rey pudiera reportar.

Hallábanse los concejales discutiendo y sin hallar medio para salir de aquel apuro, cuando se introdujo en la junta un sugeto que hacia poco tiempo se había presentado en la ciudad, blasonando de grandes conocimientos en arquitectura y escultura, cuyos estudios había hecho en Italia, y que en efecto había dado pruebas de ellos, entrometiéndose gratuitamente á dirigir algunas obras y reparaciones que en la ciudad se hacían, y dando consejos no desacertados. Este hombre se adelantó con pasmosa seguridad y dijo:

—Vengo á sacaros del apuro en que os encontrais, y á dar traza para que la ciudad de Dreux quede con honor en estas críticas circunstancias.

Los concejales se miraron unos á otros con la expresión de disgusto que la petulancia de aquel hombre les causaba, pero él continuó:

—Queréis tener un local en que recibir convenientemente á nuestro monarca Francisco I y le tendreis. Pero antes deseo yo saber cuánto tiempo tardará el rey en venir.

—Cosa de dos meses, le respondieron.

—Antes de dos meses os construyo yo en la esplanada que hay al frente de la plaza mayor un edificio suntuoso en que el rey esté alojado á su gusto, y en que las fiestas mas espléndidas se puedan celebrar. Pero es preciso que todos contribuyan á la obra, ó con sus brazos ó con su dinero, y en cuanto á mí, no hay que tener cuidado, pues por toda recompensa solo deseo una cosa bien sencilla.

—¿Y cuál es? le dijeron.

—Que mi nombre se inscriba en la fachada del edificio en sitio preferente y con gruesos caracteres, así que esté la obra terminada cual yo me prometo.

Mil veces había molestado aquel hombre á los concejales con sus proyectos de embellecimiento de la ciudad, que habían parecido, no solo irrealizables, sino tan costosos que los tesoros del mismo rey no hubieran bastado para ellos en el concepto de aquellas buenas gentes; pero entonces, viendo el desinterés con que el nuevo arquitecto se presentaba, y conociendo lo urgente del caso, aceptaron con entusiasmo todas sus proposiciones.

—Pues ahora mismo, manos á la obra; exclamó el artista, y seguido de toda la reunión se dirigió á la plaza, donde después de algunas esplicaciones sobre el terreno, empezó á dar trazas para la obra, distribuyendo la gente para el acopio de materiales. Era verdaderamente pasmoso el cambio que allí se había verificado: los mismos que antes habían despreciado al arquitecto mirándole como un hombre oscuro, le respetaban ya como á un genio superior, en el que tenían toda su confianza. Todos obedecían con gusto sus órdenes; todos allí eran obreros, y los que no sabían manejar herramienta de ninguna clase, conducían con afán los materiales. Era extraordinario el aspecto de la ciudad, y la agitación se aumentaba conforme el edificio se iba elevando sobre la tierra, y conforme iba manifestando sus gigantescas formas y sus bellas proporciones. A cada nueva maravilla de la obra, el arquitecto director era saludado con nuevas aclamaciones: su nombre era repetido de boca en boca, y á porfía todos le obsequiaban en la ciudad. Viendo el entusiasmo de los habitantes, embelleció el edificio un mucho mas de lo que había pensado, y todas las labores afiligranadas, los calados, las agujas y caprichosas esculturas en la piedra que caracterizan al género gótico, se emplearon con profusión para ornato de una obra que ya era de por sí notable por la novedad del pensamiento y por la valentía de la ejecución. Era un edificio digno, no de la ciudad de Dreux, sino de una de las primeras capitales del mundo, y aun podía figurar en competencia con cualquiera de las suntuosas catedrales en que tanto se esmeraba la piedad católica de nuestros antepasados. Veíasele ya descollar por encima de los tejados de la ciudad, como esas atrevidas torres de las catedrales que se elevan hácia el cielo, destacándose sobre su bóveda azul con pintoresco efecto.

En fin el edificio llegaba ya á su término: ya estaban cogidas las aguas, y ya estaba colocada con grande alegría la cruz simbólica con que los obreros anuncian la terminación de la obra: ya no era una halagüeña esperanza sino una completa realidad, que el rey á su entrada en la población tendría donde alojarse convenientemente. El arquitecto gozaba de antemano de su triunfo, y ya estaba preparado el sitio preferente de la fachada, en que su nombre inscrito en gruesos y resplandecientes caracteres, había de pasar á la posteridad. Un día en que pasando lentamente por los andamios, iba examinando la obra en todos sus detalles, se detuvo delante de aquel sitio privilegiado, y con cierto orgullo al ver su ambición satisfecha, se entregó á las mas gratas reflexiones.

—Sí, se decía, unos cuantos días mas, y mi nombre hasta ahora desconocido, va á resplandecer para siempre en el frontispicio de este monumento que mi genio solo ha sabido erigir. Ya llega para mí el día del triunfo, y no viviré olvidado en una oscura ciudad de provincia. El rey y los potentados que van á admirar mi obra, no dejarán de encargarme trabajos importantes, y una vez que yo pueda dar rienda suelta á mi genio y realice mis proyectos, ¿qué será de todos esos orgullosos artistas de Francia y de Italia? Todos tendrán que humillarse delante de mí; todos tendrán...

Pero mientras él estaba embebecido en tan halagüeñas reflexiones, su presencia hacia falta en otros puntos de la obra. Unos obreros que con impaciencia le esperaban, le llaman al fin en voz alta. El arquitecto se vuelve bruscamente sorprendido con aquellas voces, y un pie se le desliza del tablon, pierde el equilibrio y baja desde aquella elevación á estrellarse en las piedras de la plaza de Dreux, donde su cadáver informe y ensangrentado fué un objeto de horror y pública conmiseración. Esta sensación se desvaneció bien pronto; el edificio llegó á su término y después nadie volvió á acordarse del arquitecto. Su nombre no se inscribió con caracteres dorados en sitio preferente de la fachada, ni el rey Francisco I, tan protec-

tor de las artes pudo leerle, porque los ingratos concejales dispusieron que en vez del nombre del arquitecto se pudiesen las armas de la ciudad, que sentarían mucho mejor á la fachada. Así se disipan en un momento las locas esperanzas y los ambiciosos proyectos de los hombres. ¿Qué galardón ha obtenido el constructor de una verdadera maravilla artística? ¿Hoy día, quién puede citar siquiera el nombre del arquitecto de la casa consistorial de Dreux?

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

Bautizo del príncipe don Juan,

HIJO DE LOS REYES CATOLICOS, POR ANDRÉS BERNALDEZ, CURA DE LOS PALACIOS, EN SU HISTORIA INEDITA DE AQUELLOS MONARCAS.

CAPITULO XXXII.

Del nacimiento é bautismo del principe don Juan.

En 30 dias del mes de junio del año 1478 años, entre las 40 é las 41 del día, parió la Reina doña Isabel un hijo, príncipe heredero, dentro en el alcázar de Sevilla. Fueron presentes á su parto, por mandado del rey, ciertos oficiales de la ciudad, los cuales fueron estos: Garcitellez, y Alonso Perez Melgarejo, y Rorando de Abrego, é por escribano Juan de Pineda. Fué su muger de la ciudad que se decía la Herrera, vecina de la Feria. Dieron por ama al príncipe á doña Maria de Guzman, tia de Luis de Guzman, señor del Algaba, muger de Pecho de Ayala, vecino de Toledo. Ficieron muy grandes alegrías en la ciudad tres dias, de día y de noche, así los ciudadanos como los cortesanos. En 9 de julio, jueves del dicho año, en Santa Maria la Mayor, en la pila suya bautizaron al príncipe muy triunfalmente, cubierta la capilla del bautismo de muchos paños de brocados, y toda la iglesia é pilares de ella adornada de muchos paños de raso. Baptizólo el cardenal de España, arzobispo de la misma ciudad, don Pedro Gonzalez de Mendoza, al cual pusieron nombre don Juan. Fueron padrinos el legado del Santo Padre Sixto IV, que se falló en la corte en aquel tiempo, é un embajador nuncio de Venecia, cónsul, é el condestable don Pedro de Velasco, é el conde de Benavente; é hovo una madrina, la cual fué la duquesa de Medina Sidonia, doña Leonor de Mendoza, muger del duque don Enrique. Fué fecha en la ciudad é en la iglesia este día una gran fiesta, é fué traído el príncipe á la iglesia con una gran procesion, con todas las cruces de las collaciones de la ciudad, é con infinitos instrumentos de músicas, de diversas maneras de trompetas, cheremias é sacabuches. Trájolo su ama en los brazos muy triunfante, debajo de un rico paño de brocado que traían ciertos regidores de la ciudad con sus cetros en las manos, los cuales eran estos: Fernando de Medina el de la Magdalena, é Juan Guillen, é el licenciado Pedro de Santillan, é Ribadeneira, sota almirante, é Alonso de las Casas, fiel ejecutor, é Pedro Manuel Belando é Monsalve, é Diego Ortiz, contador: todos estos vestidos de ropas rozagantes de terciopelo negro que les dió Sevilla. Traía el plato con la candela é ofrenda don Pedro de Estúñiga, marido de doña Teresa, hermana del duque de Medina, el cual traía un page ante sí pequeño, que traía el plato en la cabeza, é él teniéndolo con las manos. La ofrenda era una excelente de oro de cincuenta excelentes (cierta moneda de oro). Traían junto con él dos donceles de la señora Reina, ambos hermanos, hijos de Martin Alonso de Montemayor, un jarro dorado é una copa dorada; é venían acompañando á la señora ama cuantos grandes había en la corte, é otras muchas gentes é caballeros. Venía la duquesa de Medina ya dicha á ser madrina, ricamente vestida é adornada é acompañada de los mayores de la corte. Trájola á las ancas de su mula el conde de Benavente, por mas honra; la cual traía consigo nueve doncellas, vestidas todas de seda, cada una de su color, de briales é tabardos; ella venía vestida de un rico brial brocado é chapado con mucho aljofar grueso é perlas, una muy rica cadena al cuello, é un tabardo de carmesí blanco achorrado en damasco, el cual ese día, acabada la fiesta, dió á un judío albardar del rey que llamaban Alegre.

CAPITULO XXXIII.

De como salió la reina á misa á presentar el principe á Dios.

Domingo nueve dias de agosto salió la reina á misa, á presentar al príncipe al templo, é á ofrecer á Dios, segun la costumbre de la santa madre Iglesia, muy triunfante, apostada en esta manera. Iba el rey delante de ella, muy festivamente en una hacanea rucia, vestido de un rozagante brocado é chapado de hilo de oro; é la guarnición de la canea era dorada, de terciopelo negro. Iba la reina cabalgando en un troton blanco, en una muy rica silla dorada, é una guarnición larga muy rica de oro y plata, y llevaba vestido un brial muy rico de brocado con muchas perlas é aljofar. Iba con ella la duquesa de Vallehermoso, muger del duque don Alonso, hermano del rey, é no otra dueña ni doncella. Ibanles festejando muchos instrumentos de trompetas é cheremias é otras muchas cosas é muy acordadas músicas que iban delante dellos. Iban allí muchos regidores de la ciudad, los mejores. Ibanlos acompañando cuantos grandes había en la corte, que iban alrededor dellos. Iba el condestable á la mano derecha de la reina, la mano puesta en las camisas de la brida de la reina, é el conde de Benavente á la siniestra; de esta misma forma deste, otros iban á sus pies é estribos, é el adelantado del Andalucía, é Fonseca el señor de Alaejos. Iba el ama del príncipe encima de una mula en una albarda de terciopelo, é con un repostero de brocado colorado; llevaba al príncipe en sus brazos. Iban alrededor del muchos grandes junto con el ama; iba el almirante de Castilla, é todos estos grandes iban á pie. Este día diferente misa en el altar mayor de la iglesia mayor muy festivamente. Ofreció la Reina con el príncipe dos excelentes de oro de 50 excelentes cada uno; ovo la fábrica el uno, é los capellanes de la Reina el otro. Oída su misa, así ordenadamente como habían venido se volvieron al alcázar.

La venganza de un valiente.

I.

MEMORIAS CATALANAS DEL SIGLO XVII.

En fértil y dilatada llanura tiene su asiento Barcelona, la ciudad favorecida de los dioses, según la llamaron los romanos, y está bañada toda su parte meridional con las aguas del mar, donde se mira y refleja en los apacibles días de bonanza. Dilatada y fuerte muralla repele con calma magestuosa el soberbio empuje de las olas que se estrellan á sus pies, y que á cada momento renuevan con brioso afán su blanca espuma. Ante esta muralla y cual si fuese ante un grandioso balcón con hermosísima balaustrada, que sustentará á la reina de los mares, han rendido en todo tiempo su homenaje las escuadras mas poderosas del universo, y ante ella misma han acatado sus pendones los pueblos mas célebres del mundo, humillando sus banderas las naciones mas infatuadas con su grandeza. Mas halagüeña es todavía la perspectiva que ofrece Barcelona vista desde el pie de las pintorescas colinas que la rodean y resguardan por la parte de tierra de los helados aires del invierno, pues aparece sentada magestuosamente sobre una campiña llena casi siempre de vida y de verdor, y variados sus campos y multitud de apacibles viviendas dispersas á uno y otro lado, con los mas animados y diversos matices. Allá á lo lejos y detrás de las altas torres y campanarios de sus templos, vé el caminante una ancha y dilatada faja azul, que es el mar, y que amaga unirse en el horizonte con el cielo, y parece á sus ojos que va á desbordarse sobre la ciudad, y cubrirla con sus olas, sepultando en su recinto á mas de 450,000 almas. No de otra suerte aparecen en las dilatadas llanuras del desierto, las cúpulas y minaretes de la población á donde dirige sus pausados pasos la crecida caravana de infieles, que se miran en Barcelona la diversidad de torres y altos edificios sobre un fondo azul siempre movedido, y tan terrible en las horas airadas, como lo son las abrasadoras ráfagas de arena que amenazan en la Arabia cubrir y sepultar en un momento al atrevido ginete.—Pero si situación tan favorecida por la naturaleza ha merecido siempre el encomio de toda clase de gentes, qué justas alabanzas no mereceránlo apacible de su clima, pureza de la atmósfera, delicado sabor de los frutos de su campiña, perfumado ambiente de los jardines que la rodean, y la valentía, riqueza ó industria de que blasonan sus moradores? A estas solas causas ha debido en todas épocas la estimación de sus reyes, y ellas han sido móviles tambien de las codiciosas miras de algunos gobernantes en diferentes tiempos. No á otra cosa que á la proverbial honradez y entereza de sus habitantes debió en el siglo XVII la ojeriza que mostró tener á Barcelona el conde-duque de Olivares, valido del rey don Felipe IV, y ante el cual se conmovieron los fueros y libertades catalanas, se amenazaron las instituciones, perdióse la industria y el comercio, paralizándose los brazos, cebóse la peste en todo el principado, y con una guerra que duró doce años, peligraron las vidas y haciendas de todos sus naturales.

II.

A la época que ya hemos mencionado pertenece el relato de estas tristes memorias. Negras y gruesas nubes se arremolinaban sobre el horizonte de la paz en España. Habíase terminado un reinado pacífico ya que no glorioso para la península cual fué el de Felipe III. El que casi promediaba en 1640, amenazaba concluir con la poderosa nacion para cuyo suelo poco antes, jamás se ponía el sol. Felipe IV, con sus guerras malhadadas iba reconcentrando alrededor de su trono lo que podía salvar de los vastísimos dominios que en tiempo de su abuelo tremolaban soberbio el pendón español en mil lejanos y diversos países. Pero ninguna como la guerra de Cataluña causó mas detrimento á la nacion española, pues teniendo al enemigo radicado dentro mismo de casa fueron muy grandes y casi todos inútiles los esfuerzos que se hicieron para aventarle.

Los catalanes, arrebatados é indómitos y bastante orgullosos, caracteres que pueden tener los que sobresalen en ciertas dotes que no obtuvieron de la naturaleza todos los pueblos, son idólatras de todo lo que fomenta la prosperidad de su país, y por lo mismo apreciaban en sumo grado sus fueros, á cuya posesion debían el asombroso desarrollo de su industria y comercio, mudos y pobres en Castilla y Aragon que veían defraudados sus privilegios.

La guerra con Francia agravando sobremanera á Cataluña con el continuo tránsito y estancia de tropas, y sucesivas contribuciones de sangre y de dinero, no pudo menos de hacer desear al principado el obtener por si solo su defensa y contrarrestar el embate de los enemigos; pero tomados por el favorito tales deseos, como prueba de la ambicion de los catalanes que no queria sufrir yugo ageno, fueron cuanto mas tenían de sinceros, nobles, naturales y desinteresados, otro tanto pagados con dura ingratitud, con disfavores y agravios.

Así es, pues, que viéndose bien á las claras la ojeriza y falsedad con que se queria destruir el principado, como á mas de los hechos, probaron las cartas de los gobernantes dirigidas al virey, y al gefe del ejército que le ocupaba; y siendo inaguantables los escosos de los soldados españoles y extranjeros que no respetaban el honor de las mugeres ni en la habitación misma de los patrones que los sostenían y alimentaban, ni estimaban la amistad y buena fé de los naturales, ni lo que parece increíble, mostraban el acato debido á nuestra santa religion, pues llegaron á cometer los mas horrendos sacrilegios; fué general el descontento, y una vez llenó este todos los ánimos, fué inevitable la conmocion popular, y terrible su desenlace.

III.

El descontento era general en toda Cataluña, y el horrendo atentado de Santa Coloma de Farnés en que se injurió al Santísimo Sacramento, resonó á manera de trueno en todo el principado, conmoviéndole todo, desde el rio Fluvia hasta la desembocadura del Ebro, desde el Besós hasta las fertilísimas riberas del Segre.—Siguen mas y mas los desmanes por parte de la tropa: al principio los paisanos se resignan; se contentan con enviar infinitas quejas á los juzgados, pero el virey prohibe á estos que las acepten, y entonces sacuden

su letargo y se alzan contra los opresores de sus fueros. El ejército castellano roba, viola y asesina: el paisanaje mata y despedaza á todo soldado que encuentra descarriado por los campos. Situación tan crítica imposible es que dure mucho tiempo, y Barcelona es la primera que con terrible tumulto da la señal de aquel atrevido levantamiento.

Bajan todos los años desde tiempo inmemorial á la capital del principado, numerosas cuadrillas de segadores de las próximas montañas, necesarios del todo para la siega; pero en el de 1640, van engrosadas con otras gentes que por todas partes fraguan alborotos y asonadas. Comunmente entran en la ciudad antes del Corpus, y en la vispera es cuando hay mas afluencia de ellas, miradas siempre á reojo por los pacíficos ciudadanos.

El virey don Dalmao de Queralt, conde de Santa Coloma, avisado de antemano y temeroso del lance que sucedería si se diese entrada á aquella multitud desordenada, comunicó á la ciudad para que la detuviese; pero los concellers amigos de la libertad de su pueblo, seguros tambien de que los segadores darian fin á aquellas circunstancias azarosas, respondieron evasivamente, y mientras tanto llega el día triste y memorable para siempre en la historia de este pueblo numeroso.

Amanece el día 7 de junio, en que se celebró aquel año la institución del Santísimo Sacramento, y entran en la ciudad numerosas oleadas de sediciosos que forman un todo de mas de dos mil y quinientas personas. Los unos se quedan en la Rambla; otros andan en grupos mas ó menos numerosos, llenando calles y plazas: otros tratan de las desavenencias del rey con la provincia; y la mayor parte van armados con sus pecheñales, escarneciendo y provocando á todos los soldados que encuentran en el paso. Estos (de los cuales habia muchos para incorporarse en el ejército en la próxima campaña) van desprovistos a vista del rompimiento desahogado que no puede menos de tener lugar, y se ocultan los unos en lugares mas ó menos torpes, los otros entregándose á la lealtad de sus patrones. La confusion entre ciudadanos y campesinos va mas en aumento, corren de una parte á otra enfurecidos, y la justicia se pone de por medio prendiendo un alguacil criado de Monseñor, á uno de los mas furibundos alborotadores. Resulta pendencia entre los dos, es herido el montañés, defénsale sus compañeros, y quedan estos vencedores. Entonces algunos soldados de la guardia de casa del virey, y los criados de éste se arrojan á la contienda que se enardece mas por ambas partes, pero van perdiendo terreno y han de encerrarse en el palacio, desde donde hacen fuego por las ventanas á los amotinados, quedando de este modo la revolucion abiertamente declarada, y como sino aguardasen otra cosa sino que la autoridad misma diese pábulo al conflicto, los unos claman venganza, los otros piden la libertad de su patria, aquí gritan: *viva Cataluña*; allí vocean, *muerá el virey, abajo el mal gobierno de Felipe*.—Mientras tanto buscan á los extranjeros y castellanos, asaltan é incendian sus casas, y los que debían pacificar el alboroto, aumentan mas el daño.—Otras cuadrillas numerosas cercan el palacio del angustiado virey y quieren incendiarle, pero salen los religiosos del convento de San Francisco que estaba enfrente, y procuran aplacarlos, ya con la presencia del Santísimo ya con ruegos y hasta con amenazas. El obispo, concellers y diputados, que se hallaban en los oficios en la iglesia catedral, salieron precipitadamente en busca del conde, para ayudarse á ponerse en salvo en las dos galerías genovesas que en el muelle daban esperanza de salvacion. Escuchóles Santa Coloma con ánimo muy turbado y escribía y ordenaba en su aposento, sin que se le obedeciese en lo mas mínimo de ambas cosas, y como sucede á los que á un mismo tiempo quieren servir al pueblo y á su monarca, se hallaba indeciso, sobre si dejaría en la mano del primero el alivio de sus males ó se mantendría firme (cosa ya imposible) en el poder del que por momentos iba resbalando. Así, pues, viendo que ya no era obedecido, y juzgando su presencia por infructuosa, no piensa mas que ponerse en salvo. Los que están en Atarazanas y en el baluarte del mar, ahuyentan á cañonazos la galera que se acercaba; y para salir por la playa era necesario arrostrar las descargas de los arribales de los que estaban á lo largo de la muralla. No obstante, seguido de pocos intenta embarcarse á tiempo que los alborotados atropellando las puertas de su palacio, y revueltos con la misma guardia, entran, lo saquean y allanan. Y determinada ya la muerte del pobre virey, le alcanzan en la playa medio exánime y deseosos de poner fin sus perseguidores á los tristes sucesos de aquel día, le acaban con cinco horribles puñaladas.

IV.

La gente de diferentes tercios que aguardaban órdenes en Barcelona, fué como puesta á vista del populacho, la que pagó mas cara la conmocion de los segadores. Hallábase entre ellos el capitán Gaston Dufort genovés al servicio de Felipe IV, hombre de carácter soberbio y de un genio fuerte y áspero. Temíanle los soldados mas que al mismo enemigo, y antes preferían la pelea que marchar en paz á sus órdenes. La disciplina militar en manos de Dufort, conducía esclavos sumisos y no hombres de su misma sangre. Hasta los mismos gefes respetaban su iracundia, pero sus iguales le aborrecían; y si carecia de simpatías entre los soldados, aquí les prestaria el paisanaje? Así es que desgraciada se llamaba la casa donde la suerte le hospedaba, y muchas fueron las instancias que recibieron los concellers para eludir su compañía. Pero las cargas municipales debían repartirse con igualdad entre todos los ciudadanos, ayer las sostuvieron unos, mañana las sostendrían otros, hoy toca á vos. Tal respuesta mereció del consejo Juan Dusay, y al oír la consideró malhadada su casa y su hacienda, en peligro el honor de sus mugeres, y hasta su vida pendiente del capricho de un hombre desalmado. Dusay era un honrado menestral, y habitaba en la calle de Raurich una casa alta de dos pisos que hasta hace poco tiempo recordó los tristes sucesos que referiremos. Sencilla era su fachada de piedra antiquísima, cuya fecha recordaban debajo del ajimez de una ventana los números siguientes 1428. Sus ventanas daban paso á la luz por entre unas columnitas pareadas, que abrazaba un dragon al lado formando un caprichoso chapitel, y no menos fantásticos eran los estremos del alero del tejado, y sus gruesos canchales de piedra que imitaban feos y extraños seres. Morada tan antigua encerraba una joya de inestimable valor

para Jorge, jóven catalán, que veía en Teresa, la perla de la hermosura barcelonesa. Era su prometida amada, su amor se veía correspondido, y sus familias contemplaban ya con su enlace una vida dichosa para los hijos, y una vejez pacífica para los padres que desde mucho antes estaban ligados con los vínculos de la mas estrecha y sincera amistad. Pero ¿quién hubiera dicho que porvenir tan placentero debía trocarse en llanto y desesperacion? Con la presencia de Dufort en la casa cambió todo de aspecto. Al natural recelo que acompañaba al hospedaje en aquellos tiempos, en que el soldado consideraba la Cataluña como país conquistado, y siempre precedía á su paso la rapiña y desesperacion, debía añadirse el cuidado de Teresa, jóven de bellas prendas personales, y que por su hermosura no menos que por sus virtudes y modestia, se atraía las codiciosas miradas de patriotas y forasteros. Dufort, á despecho de Jorge, habia visto y habia hablado con Teresa, y desde luego formó la intencion de poseerla. Sus palabras nada corteses demostraron pronto sus deseos; pero el amante, enemigo como buen catalán de todos los que buscaban la ruina del principado, juró perder al extranjero que olvidaba las leyes de hidalguía; pero, ¡ay! ¡cuán cara le costó su venganza! Porque si castigó el atrevimiento de un hombre osado, fué ya tarde, cuando su amada y el padre de esta habían perecido miserablemente, y el resto de la familia quedaba sumido en el mas eterno llanto.

(Se continuará.)

J.

BIOGRAFIA.

JUAN DE LA CUEVA.

Triste, muy triste es ciertamente tomar la pluma con objeto de ofrecer á nuestros constantes suscritores algunos apuntes biográficos, si el que hubiese concebido este pensamiento se encuentra en la necesidad de callar, como lo hacemos, lo mas interesante y curioso que arrojan apuntes de esta naturaleza. Triste, muy triste es á la verdad, que los amantes de la literatura no puedan saciar sus deseos respecto al personaje que por haber obtenido buen puesto en la época que floreció, los episodios de su vida debieran ser amenos, y su lectura de reconocida utilidad. La incuria siempre pernicioso, la incuria siempre reprehensible no legará á nuestros antepasados sino torpe baldon por la que han usado con don Juan de la Cueva, oscureciendo las escenas de su vida, ó inutilizando lo que hubiera servido para su mayor honra y la del suelo que tuvo la vanagloria de contarlo entre el número de sus hijos predilectos. La posteridad siempre codiciosa, que pretende estudiar en el libro de lo pasado contemplando los modelos de sus maestros; y no acostumbra negar su mérito á las obras que lo mereciesen, la posteridad repetimos, no perdonará nunca el descuidado vacío que se nota en la carrera de este distinguido poeta, haciendo caer inmensa responsabilidad sobre cuantos pudieron remediarlo, y no se han cuidado del ambicioso porvenir.

Sevilla, la reina de las Andalucías, la ciudad del encanto y de los placeres, cuyas arenas baña el limpió Guadalquivir; la corte antigua que encierra mil bellezas de distintos géneros, y cuyos elevados torreones atraen á la memoria recuerdos de gloriosos hechos, esa ciudad fué tambien la cuna de nuestro poeta. Desgraciadamente solo podemos decir que nació á la mitad del siglo XVI; que según todas las presunciones, perteneció á una familia ilustre de la época, y que brilló en su arte hacia los tres tercios del siglo venidero, por cuanto á que en la carta con que dedicaba su poema titulado *Sobre los inventores de las cosas* á don Gerónimo Maria de Guzman, puso la fecha de mayo de 1607. Habremos pues de reducirnos á dar noticia de sus obras originales, y de sus imitaciones á modelos célebres de la antigüedad, alejándonos tambien á emitir nuestro humilde juicio sobre algunas que mas conocemos, y nos merecen concepto mas ventajoso. Ellas vienen á acreditar el circunspecto carácter que presidía á este poeta, su sólido juicio, su buen deseo por estirpar en lo posible la incorreccion literaria que se advertía en aquella época, y cuyo interés bien entendido y honroso, no pudo menos de proporcionarle amargos disgustos con los que se creyeron zaheridos por su crítica.

Las obras que dió á luz durante su vida fueron poéticas, é impresas en Sevilla en los diferentes años que fijaremos respectivamente; á saber:—*Poesías líricas*, un tomo en 8.^a edición de 1582. *Coro febeo de romances historiales*, un tomo en 8.^a, edición de 1588. Otro tomo en 4.^a tambien de 1588, que comprende dos partes: la primera sus *Comedias*, y la segunda sus *Tragedias*. La Conquista de la Bética, poema heroico, en un tomo en 8.^a edición de 1603.—Vamos á hablar de las publicadas por su orden de fechas, y luego lo haremos de muchas que dejó inéditas á su fallecimiento, y de las cuales, uniéndolas á las primeras, pensaba hacer una edicion completa, con el fin de dedicársela á su hermano el doctor don Claudio de la Cueva, inquisidor y visitador del tribunal de Sicilia, cuya dedicatoria existe fechada en Sevilla á 4.^a de enero de 1603.

Todas estas obras, que en nuestros días van siendo muy raras, comprueban que don Juan de la Cueva tuvo una de esas imaginaciones que nacen poéticas, y que se perfeccionan con el estudio. Percíbese en las *Líricas* su ingenio profundo y esquisito estilo, aunque no lleguemos á asegurar como el autor del Parnaso Español, que puedan ofrecerse como el mejor modelo del habla sonora de Castilla. En sus *Comedias*, siguiendo el camino trazado por Lope de Rueda, y Bartolomé de Torres Naharro, supo aventajarles en erudita versificación. El fué el primero, como dice muy bien el señor de Quintana, «en traer á la escena los reyes y príncipes mezclados con sus mas humildes súbditos»; pero permitásenos creer ya que invocamos un nombre tan justamente reputado por su tareas literarias, que se manifiesta acaso bastante severo con este poeta al analizar sus trabajos, bien que su sano deseo é inteligencia le impulsen á vituperar tambien los de otros prohombres distinguidos. Las *Tragedias* que forman segunda parte del tomo en 4.^a son cuatro, con los titulos: *Los siete infantes de Lara*; *la Muerte* (Sigue a la página 54.)

El Olimpo en el rincón de la calle.



El que vemos, no es ya JUPITER disfrazado en cisne; hoy Júpiter es un hacendista, y Leda escribe en su cartera, que es bailarina de uno de nuestros teatros principales.



MERCURIO fué en otro tiempo el mensajero de los dioses, y ha variado mucho desde que vive sobre la tierra; pero siempre se digna servir á los enamorados de la manera mas eficaz.



VULGAXO no es ya hermoso como en otro tiempo, ni tampoco su esposa es la rubia Cítereas; es una muger juiciosa y fiel á su elegido á quien ama con un cariño honrado y moderado.



He aquí á la poética CENES portadora de un pan de cuatro libras, y á su yerno que la escita á que duplique la carga para que represente mejor el símbolo de la abundancia.

El Olimpo en el rincón de la calle.



Allá va la poética FLORA pregonando sus ramos de violetas y embalsamando las calles de Madrid. ¡Desgraciado de aquel que se resista á los atractivos que ofrece su género de comercio!



DIANA no es ya aquella orgullosa diosa rival de los héroes, ardiente cazadora. Se ha convertido en vendedora de perros y vende perros robados á sus conciudadanos.



Aquí tenemos al dios de la lira, á APOLLO, despreciado desde que sabemos leer; su instrumento no lanza mas que un quejido angustioso, y sus versos tienen hoy un carácter muy distinto.



NEPTUNO ha metido el Océano en un tonel, y se ha colocado en la villa en clase de regador de calles y plazas. Una feliz casualidad hace que encuentre á la amable Anftrite, que le pide un poco de agua para lavar la ropa.

te de *Ayax Telamon*: la Muerte de Virginia y Apio Claudio, y el *Príncipe Tirano*, representadas en aquella ciudad por los años de 1579 y 1580.—Preciso es reconocer en todas ellas el estravío de una imaginación que no se cuida de las reglas peculiares a este género dramático, y cuyos vacíos en el arte, en vano tratara de cubrir con la armoniosa versificación de que hizo alarde, con el artificio preparado para animar las pasiones que puso en juego. El poema *Conquista de la Bética*, en que pretendió lucir sus dotes para la Epopeya, ha sido juzgado por autores de valor, y así el nuestro debe contraerse a exponer sus opiniones tan heterogéneas.—Don Juan José López de Sedano en el Parnaso, lo califica el mas arreglado y acaso menos defectuoso que posea la lengua castellana, recreado con la lozania de sus pensamientos, si bien tiene que lamentarse de ciertos descuidos reglamentarios. El señor Quintana, manifestando que la elección de asunto tan noble y patriótico, exigía un trabajo maestro y de conciencia, supone el plan de la fábula pesado, sin elevación ni genio, y declara que don Juan de la Cueva precisamente no se estralimitó de las crónicas que tuvo á la vista para escribirlo. Califica sus episodios de infelices é indecorosos, porque sin duda el poeta no habría meditado el vasto campo que descubría en su obra, y para el que sus fuerzas no eran competentes: la censura, en fin, aparece severa, porque á su entender el cantor de la conquista de Sevilla por Fernando III, carecía de la viveza con que es preciso describir las pasiones, arrastrada miserablemente por su falta de garbo y elocuencia sentimental. Sin embargo, hallamos en el poema algunos bellos pensamientos, y hasta gallardía de vez en cuando como se advertirá en las octavas que copiamos ahora:

Pinta la salida de Ceuta de la armada enemiga para el combate naval con la castellana, y dice:

«Sale de Ceuta la enemiga armada
«Con tiempo, mar, y viento favorable;
«Llega sin ser de cosa contrastada
«Al puerto de Alarache inespugnable:
«Aquí de nueva gente reforzada
«Alza velas, y al mar se da mudable;
«Da vista á Gibraltar paso derecho,
«Surcando el peligroso hercúleo estrecho.»

Describe luego el momento en que avistadas las flotas, se anuncia el combate, de tal manera, que parecen oírse los incitadores instrumentos:

Roncas trompetas, discordes tamborinos,
Algaraz confusa, estruendo horrible
Se oía, y en los valles convecinos
El son resuena y el clamor terrible;
Betis de sus asientos cristalinos
Saltó fuera, dejando el apacible
Sitio del grave peso compelido,
Del penetrante estruendo y alarido.

Concluiremos de citar muestras del poema, con la octava que el mismo señor Quintana aplaude copiandola al pie de su crítica, y que alude á un choque parcial:

No el soberbio leon con igual ira
Revuelve lleno de cruel despecho
Alginete Masilio que le tira
La gruesa lanza y le atraviesa el pecho.
Que estimulado á la venganza aspira.
Y arremetiendo al ofensor derecho
Paró impedido de vengar su saña
Y de bramidos hinche la montaña.

Don Juan de la Cueva sufrió mil murmuraciones porque los argumentos de todas sus obras publicadas estribaban en asuntos y juegos de amor, contagio que á la verdad han padecido los poetas castellanos de todos tiempos, y del que no se han librado tampoco los extranjeros. Véase, sin embargo, como aparece dulce en estos fragmentos de esta canción.

Sutiles hebras de oro
Donde amor me enlazó con nudo estrecho:
Pues sois á quien adoro
Y veis el mal que vuestra luz me ha hecho,
Sed menos rigurosa,
Y no seis mas de lo que sois, hermosas.
.....
Y ya que en vivo fuego
Me encendeis con miraros, quien pudiese
Llegar donde no llego,
Y que vuestra beldad lo permitiese,
Que mis turbados ojos,
Entre vos diesen húmedos despojos.

Con el fin de satisfacer los deseos de sus murmuradores, trataba como hemos dicho arriba, de formar una edición completa de lo publicado y de lo inédito, distribuyendo los tomos en esta forma.—El primero contendrá sus *Poesías líricas* impresas, y sonetos, epístolas, elegías y canciones nuevas: el segundo siete eglogas: el poema titulado: *Los amores de Marte y Venus*: *La historia de la Cueva y descendencia de los duques de Alburquerque*, dedicada á doña Juana Tellez Girón, marquesa de Tarifa, con fecha 15 de setiembre de 1604: *Viage del poeta Sanio al cielo de Júpiter*, poema dedicado á don Fernando Enriquez de Ribera, marqués de Tarifa, compuesto en 1585: *Ejemplar poético ó arte poética-española*: *Epístola á Cristóbal de Zayas*, en que se incluye una invectiva contra la poesía en la academia de Juan de Malara: *Los cuatro libros de los inventores de las cosas*, poema de que hemos hablado ya, y en el cual se propuso la imitación de Polidoro Virgilio: el poema burlesco, *la Moracinda* que no llegó á terminar *La batalla de ranas y ratones*, bello poema, traducción de la *Batracomiomachia* de Homero, y del que solo existen fragmentos: por último, la *Segunda parte de sus romances*, que se dice poseyó don Nicolás Antonio, y formarían un tomo tercero de igual volumen que los demás. Todos estos manuscritos se cree existirán en la villa en los archivos de la antigua casa del conde del Aguila, cuyo celo por reunir los de eminentes autores sevillanos, ha sido notorio en aquel país,

y á cuyo actual conde felicitamos en este lugar, si como juzgamos los conservase actualmente.

Restanos decir algo sobre una de las obras de Cueva que mas honran su nombre; *El ejemplar poético*, único de sus trabajos inéditos que ha visto la luz en el Parnaso español. El intento laudable que se propuso merece siempre estimación, y aunque tuviera que resentirse algunas veces de monótono como todos los de su especie, el mismo señor Quintana «no ha podido por menos de hallar en él buen seso y concisión en los preceptos.» Nosotros lo hemos leído con gusto, y por cierto no olvidamos estos tercetos:

Una cosa encomienda mas cuidado:
Que en cualquiera sugeto que tratares,
Sigas siempre el estilo comenzado.
Si fuese triste aquello que cantáres,
Que las palabras muestren la tristeza,
Y los afectos digan los pesares.
Si de amor celebrases la aspereza,
La impaciencia y furor de un ciego amante,
De la muger la ira y la crudeza.
Este decoro has de llevar delante,
Sin mezclar en sus rabias congojosas
Cosa que no sea de esto semejante.

Los antiguos poetas que se cuidaban mas en sus obras de la parte imitativa que de la belleza de los pensamientos, segun nos da una idea perfecta el mismo Herrera, rígido observador de este método, y el pródigo Garcilaso, á quien pudiéramos apellidar padre de nuestra poesía, contaron con otro decidido atleta en don Juan de la Cueva, segun se colegirá por los siguientes tercetos de la obra que analizamos, que ya han tenido la buena recomendación de ser citados por el ilustre cantor de las playas del Genil, don Francisco Martínez de la Rosa, en las notas á su arte poética. Propónese el autor demostrar que debe coincidir el estilo de la versificación al asunto que se describe, y hasta aplicando á cada letra su género mas peculiar en la poesía, se espresa así:

Blandisima es la L, y cuando cantes
Dulzuras, usa de ella, y dale asiento,
Que á las semivocales la adelantes.
De la R usarás cuando el violento
Euro contrasta al Boreas poderoso
Con hórrido furor su movimiento.
Lá S al blando sueño, y al sabroso
Sosiego has de aplicar, y de esta suerte,
Guarda el decoro á los demas cuidados.»

¿Cómo fuera posible citar lo mas conceptuoso de este arte poética, y los bellos pensamientos que en él campean, sin insertarlo casi íntegro á nuestros lectores? Sirvalos al menos de aviso, y de aviso útil á cuantos ignorasen su publicación, escitándoles á la lectura de todas las obras de nuestro poeta, con cuyo objeto principal hemos rasgueado esta biografía: que á nosotros, nacidos bajo la influencia del hermoso sol de Andalucía, nos cumple terminarla recordando con gloria, que la patria de los Fulgencios, Isidoros y Velascos; de los Herreras, Argotes, Casas, Morcillos, Alcázares, Riojas, Rodas, Vargas, Pachecos, Velazquez, Mosqueras, Zurbaranes, Murillos y tantos otros célebres en ciencias, artes y literatura, sirvió de cuna á don Juan de la Cueva, y acaso tambien de venerable sepulcro.

MANUEL MARIA DEL CAMPO.

La huérfana del Pirineo (1).

(Continuacion.)

CAPITULO XII.

¡POBRE INÉS!!

La jóven montañesa se adelantaba paso ante paso, fija su mirada en Carolina, procurando analizar uno por uno los rasgos de su fisonomía, estremeciéndose al escuchar el metal de su voz, pálida y triste, porque su corazón adivinaba una verdad; y es bien sabido que el corazón de la muger nunca se equivoca en esta clase de asuntos.

Mientras iba caminando, murmuraba tristemente.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuán desgraciada soy!!

Y el consuelo que las promesas y palabras de su padre habían derramado en su alma, iba desapareciendo por grados; y á los alegres sueños que en los primeros tiempos de sus amores se presentaban á su imaginación de niña, iban sucediéndose las sombrías realidades de un porvenir lleno de desventuras.

La sencilla virgen habia recibido una herida tanto mas cruel, cuanto menos esperada.

Es decir, que empezaba á agostarse aquella flor apenas entreabierto su capullo, y cuando lozana, espléndida, llena de vida, se disponía á esparcir profusamente sus delicados perfumes.

Pero del mismo modo que ciertas plantas acuáticas que asoman sus corolas sobre la superficie de los lagos al aparecer en el Oriente los rayos del sol, procurando aspirar por sus poros el calor que las vivifica, volviendo á sumergirse mustias y macilentas cuando oculta su disco en el ocaso, así tambien Inés se recogía en sí misma, si nos es permitida esta frase, concentrando en lo mas recóndito de su corazón el amor puro y casto que no podía existir sin los rayos vivificadores del amor de Felix, que segun las apariencias comenzaba á declinar hacia el horizonte del olvido.

Llegó Inés á donde estaba esperándola madama de Brèsens, y paróse en pie frente á ella, con las manos cruzadas y en una actitud que podía equivocarse con la del respeto, pero que en realidad era de muy distinto género.

Es cosa cierta y averiguada, que cuando una persona se encuentra cara á cara con la que cree ser su enemiga, descubre en ella cualidades físicas y morales que en otra ocasion hubieran pasado desapercibidas.

(1) Véanse los números anteriores.

Carolina era hermosa; pero Inés no lo habia notado tan siquiera, ni se habia presentado á su imaginación la idea de comparar su belleza con la de la condesa.

Las circunstancias habian variado mucho.

Inés adyuinó en madama de Brèsens una rival; las palabras de Damian iluminaron su entendimiento. Desde entonces empezó á notar la hermosura de Carolina; descubrió en la rica dama nuevos atractivos, y naturalmente siguió á este descubrimiento la comparación desventajosa, por desgracia, para ella.

Y en efecto, ¿qué paridad podía haber entre la sencilla aldeana, huérfana y pobre, y una opulenta señora, que á su belleza natural, añadía los adornos que su riqueza podía proporcionarle, sin contar con los que la prestaba una esmerada educación y el roce con lo mas escogido de la corte de Francia?

En esto pensaba Inés mirando á la condesa, y por eso exclamaba en sus adentros:

—¡Cuán desgraciada soy!!

Carolina por su parte no estaba menos inquieta y disgustada: dos cosas habia echado de menos aquel día.

En primer lugar, á su jóven compañera, cuyos servicios la eran casi necesarios. Cuando al levantarse del lecho notó que el tiempo estaba bonancible, llamó á Inés con intencion de que la acompañase á salir al encuentro de Damian, quien esperaba fuese portador de alguna carta de Felix. Pero Inés no parecia por toda la casa, y esto no dejó de contrariarla. Visióse sola, y se resignó á aguardar en su aposento al mensajero; éste tardaba en llegar, y la impaciencia de la condesa iba en aumento. Decidióse al fin á salirle al encuentro, y cuando se cercióró de que el ex-monago ninguna misiva traía para ella, subió de punto su mal humor.

Mugeres de carácter tan impresionable como Carolina lo era, necesitan desahogar su cólera con alguno: estos caracteres tienen tanto de malo como de bueno. En sus momentos de mal humor, van á chocar con el primero que encuentran; pero tambien cuando experimentan alguna alegría, quierne que todos participen de ella, y no perdonan medio para conseguirlo. Esta clase de personas, si bien son impertinentes á veces, nunca son egoístas. Y tengo para mí que el egoísmo es la recopilación en compendio de todos los defectos, de todos los vicios: por eso perdono á los importunos, disculpo á los imprudentes; pero nunca justifico á los egoístas, á quienes detesto de todo corazón.

Carolina no pertenecía á esta clase; era impresionable y nada mas. Por esta razon, no pudiendo desahogar su enojo con Damian, que se habia escapado de la tempestad que amenazaba largando velas como buen piloto, y acogiéndose á seguro puerto, es decir, al aposento de German, procuró desquitarse con Inés, encontrando un motivo en la ausencia de la jóven.

Así es que apeñás la tuvo cerca de sí, la dijo en tono brusco:

—Hoy habeis faltado, señorita, á vuestro deber, puesto que ni os he visto al lado de mi lecho al levantarme, ni os habeis tomado la molestia de asistir á mi tocador.

—He salido á esperar á mi padre: contestó Inés sin moverse.

—¿A vuestro padre?

—Sí señora.

—Cuidado con lo que decís, Inés, replicó la condesa. Gaspar acostumbra venir á casa á visitaros, y dudo mucho el que lleve á bien que una muchacha tan jóven salga por esos montes, como una doncella de la época de los caballeros andantes.

—Mi padre, señora, contestó Inés con gravedad, no lleva á mal nada de lo que yo hago, porque sabe que soy incapaz de faltar á lo que me debo á mi misma.

—Muy bien, señorita, muy bien; pero si no cometeis faltas para con vos, las cometeis para con otros. Ya dije que os he necesitado esta mañana.

—Perdonadme, señora.

—¿Habeis permanecido todo ese tiempo con vuestro padre?

—No hace una hora que me separé de él.

—¿Y Damian, estaba tambien allí? preguntó Carolina con malicia.

—A Damian lo encontré, ó mejor dicho, me alcanzó cuando me encaminaba á este sitio.

Carolina miró con mas atencion á la jóven, y reparando en la palidez de su rostro, dijo:

—He ahí las consecuencias de vuestra correría, señorita: os veo pálida, muy pálida... ¿os ha sucedido algo malo?

—No señora: tal vez el cansancio....

—¿Tan largo ha sido el paseo?

—Hasta la Cruz del Puerto.

—Lejos está. Supongo que no habeis ido sola

—Nadie me ha acompañado.

—¿Y os habeis espuesto....

—Oh, señora! difícilto que exista quien tenga interés en causarme daño.

—Convengo en ello; pero puede haber quienes deseen aprovecharse de una ocasion, no digo para haceros daño, pero sí para molestaros.

—¿A mí? preguntó admirada la sencilla virgen.

—A vos, sí. Al menos conozco yo un hombre que se hubiera alegrado mucho de saber que saliais tan de mañana y sin una persona que os acompañase.

—¿Quién es? tornó á preguntar Inés.

—No lo conocéis? replicó Carolina con intencion.

—En todo este país no conozco mas que cuatro hombres.

Véamos cuáles son: tal vez encontremos en ese número...

—Oh, no: estoy segura de que ninguno de ellos me mortificaría á sabiendas.

—Decidme sus nombres.

—Mi padre es uno.

—Aun faltan tres.

—Damian.

—Adelante.

—El señor German.

Carolina fijó la vista con mas intensidad en la jóven, pero el semblante de Inés no cambió de espresion.

—¿Y el cuarto? preguntó la condesa viendo que Inés no proseguía.

—El cuarto os es desconocido, señora; dijo ésta examinando á su vez el rostro de la condesa.

—Decid, decid: hace tanto tiempo que vivo en este país, que apenas hay en él una persona que no la haya cuando menos oído nombrar.

—Mucho lo dudo: es un amigo de mi infancia.

—¿Un amigo de vuestra infancia?

—Si señora; y como es hombre que por su posición y hábitos no puede estar en contacto con personas de vuestro rango....

—No importa eso: ya veis que Damian dista algo de mí, y sin embargo, le conozco.

—¿Teneis mucho interés en que os diga quién es? preguntó Inés, que no separaba su vista del rostro de la condesa.

—Por mi parte, ninguno; pero como estais confiada á mi cuidado, creo de mi deber cerciorarme de que las gentes con quienes os relacionais son de conocida honradez.

—¡Oh! En cuanto á eso podeis vivir descuidada: el sugeto de que se trata es honrado cual ninguno.

—Así lo espero: con que decidme su nombre.

—Es un joven.

—Hola, ¿es un joven? interrumpió Carolina sonriéndose.

—Ya os dije que ha sido mi amigo desde la infancia, observó Inés ruborizada.

—Lo habia olvidado. ¿En que se ocupa ese joven?

—En cazar.

—No es oficio muy lucrativo que digamos, dijo indolentemente la condesa, aunque en su interior empezaba á alarmarse.

—Le basta para su subsistencia, señora, contestó Inés, y clavando en Carolina la vista añadió: además de que, según creo, hay una dama que le socorre en sus necesidades.

—¡Pobre muchacho! exclamó aquella con la mayor naturalidad. Presentádmelo en la primera ocasión, para que por mi parte contribuya también á su bienestar.

—Así lo haré, repuso Inés, que empezaba á dudar.

—Es decir que ese hombre, número cuatro á quien conoceis, es joven y cazador; ahora solo nos falta saber su nombre.

—Se llama Felix. Y esta vez la montañesa hubiera deseado penetrar con su mirada hasta el fondo del corazón de la condesa.

—Felix; Felix.... y cazador.... dijo Carolina como si quisiera recordar: teniais razón, señorita, no lo conozco.

—¡Pobre Inés! que pretendia luchar en astucia contra una mujer que habia pasado toda su vida respirando una atmósfera impregnada de falsedad é hipocresía. Una mujer que á la vez que aprendió á hablar aprendió á fingir.

—¡Pobre Inés! Hija de la naturaleza, pura y sencilla como ella, queria medir sus fuerzas en un género de lucha que no conocia, con una mujer nacida y educada en la corte mas hipócrita y corrompida de Europa.

—¡Pobre Inés! Ella toda verdad, queria vencer en fingimiento á una mujer toda mentira....

—¡Pobre Inés, una y mil veces!

Ignoraba la montañesa que los cortesanos dominan al corazón con la cabeza: que los que frecuentan regios salones, sujetan á su frío cálculo y voluntad de hierro, hasta los estremecimientos mas naturales y espontáneos de su cuerpo; no sabia la sencilla virgen que los cortesanos no tienen músculos, que su rostro es una máscara impenetrable; sino fuera así, hubiera desconfiado de la perfecta serenidad que se notaba en el semblante de Carolina, al paso que en su corazón empezaban á abrigarse los celos furiosos y á nacer los odios profundos, mortales, de la mujer que ama con frenesí, contra la que le roba el objeto de su amor.

Cuando una alma franca y noble da cabida en su seno á algun afecto, este se refleja claramente en el rostro: el del cortesano sonríe con benevolencia al mismo á quien detesta y quisiera ver aniquilado.

Y Carolina, muy diestra en esta mímica infernal, se sonrió cuan benevolamente pudo, y haciendo sentar á su lado á la joven, tomóla las manos y la dijo cariñosamente:

—He tenido un disgusto, un verdadero disgusto, hija mia, al saber que os habiais ausentado de mi casa sin yo saberlo; pero aquello ya pasó: perdonad las palabras algo duras que os he dirigido. ¡Me interesa tanto por vos, pobre huérfana!

—¡Oh señora! gracias, gracias: exclamó Inés avergonzada y pesadosa de haber sospechado de aquella excelente mujer que la llamaba su hija.

—Y lo mereceis, Inés, añadió la condesa mas y mas cariñosa. Llegará un día en que tengais pruebas irrecusables de ello. Pero pasemos á otro asunto: ¿querreis ser franca conmigo?

—No sé fingir, señora, contestó Inés, y mucho menos aun con las personas que se interesan por mí.

—Pues creed que yo soy una de ellas, dijo Carolina besándola en la frente. Mas que respeto deseo amistad. Si supierais cuan necesaria me es una amiga, añadió con acento dolorido.

Inés la miró con asombro y la tuvo lástima, porque en su rostro se pintaba la expresión de la tristeza con singular perfección.

—Vos no hubierais sospechado, hija mia, que yo pudiera ser desgraciada; lo comprendo; y sin embargo, lo soy. Os pregunto, pues, ahora ¿querreis ser mi amiga?

—Con toda mi alma!, exclamó Inés conmovida.

—Pero, amiga sincera, añadió Carolina.

—Por toda la vida: yo no sé amar á medias.

—Ahora os digo yo á mi vez, como antes me dijisteis, gracias, gracias, amiga mia: y esto diciendo estrechó con fervor las manos de la joven que aun conservaba entre las suyas.

Inés estuvo á punto de arrojarle á las plantas de Mad. de Brèssens y pedirle perdón de sus sospechas: pero la condesa que atribuía aquel movimiento á la gratitud, se lo impidió diciendo:

—Ya os he dicho que busco amistad, cariño, y nada mas: os quiero á mi lado y no á mis pies.

—¡Oh señora! Si supierais.... murmuró la joven.

—Sí, si; lo supongo: yo soy desgraciada y vos hija mia, no lo sois menos. Por eso debemos estar unidas, para resistir á la desgracia, para consolarnos, para ayudarnos.

—Mis consuelos y mi ayuda no os faltarán, dijo Inés.

—Bien, hija mia, de eso hablaremos mas tarde; ahora ocupémonos de lo que os concierne. Os veo triste Inés, muy triste; vuestro corazón padece; ¿no podrá una amiga preguntaros la causa de esa tristeza?

Bajó Inés los ojos, y quedóse silenciosa y ruborizada.

—Vamos, repuso la condesa acercando hacia sí el rostro de la joven: ya veo que será preciso advertirle; ese Felix, amigo de la niñez....

—Por Dios, señora, exclamó Inés.

—Sois una niña: ¿qué tiene de particular el que ameis á un hombre que ha participado de vuestros juegos en la infancia, que ha llorado cuando vos llorabais, reído cuando vos reiais, y que despues, cuando ambos habeis avanzado en edad, ha sido vuestro inseparable compañero; vuestro amigo, vuestro consuelo tal vez?

Inés miraba á Carolina con inefable dulzura.

—Nada mas justo, mas natural, prosiguió: lo contrario sería verdaderamente extraño.

—Es verdad, señora; contestó Inés.

—Llamadme amiga, hija mia.

—Es verdad, amiga mia, se apresuró á añadir la montañesa.

—¿Luego le amais? repuso la condesa mirándola cariñosamente.

—Le amo mucho.

—¿Y ese amor, causa vuestra tristeza?

—Así es.

—Vaya, vaya: alguna niña, tal vez? esas cosas suceden todos los días entre amantes: porque yo supongo que también él os ama.

Y cualquiera que en aquel momento hubiera visto á Carolina, habria notado en su rostro tal sello de bondad, y un interés tan verdadero, que seguramente la hubiese bendecido, y sin embargo, aquel temblor imperceptible de sus labios, aquel rayo sombrío, que rápido como el pensamiento lanzó su negra pupila, era un síntoma del tormento que padecía y del odio que abrigaba en su pecho.

Pero ya hemos dicho que era una excelente actriz.

Inés no habia contestado á la última pregunta.

—Os he preguntado, amiga mia, si ese joven os ama.

—Si he de dar crédito á sus palabras, señora, hubo un tiempo en que debí creer que me amaba.

—¡Ah! exclamó Carolina con muestras de enojo: tendria que ver eso. ¿No os ama ya acaso?

—Mucho me lo temo; contestó Inés suspirando.

—¡Oiga! con que también los cazadores de estas montañas se toman la libertad de ser inconstantes. Vamos, hija mia, valor: ya procuraremos atraer á ese ingrato al buen camino: tal vez os alarmeis sin razón; la pasión, amiga mia, nos ciega á veces demasiado, y no nos permite distinguir la verdad de las cosas.

—No, no: en esto no hay ilusión: es una realidad. Quiero hablarlos con franqueza.

—Es lo mejor que podeis hacer.

—Y tal vez vuestra experiencia me guie en este laberinto en que pierdo la cabeza; añadió la joven.

—¡Pobre Inés! exclamó Carolina besándola: hablad, hablad.

—Yo le he amado como á mi vida, señora, porque es bueno, porque es hermoso, porque es noble: juré amarme, y no amar á otra que á mí.

—Todos dicen lo mismo: proseguí.

—Nuestra existencia corria tranquila, como corre el agua de este manso arroyuelo. De repente comencé á notar que sus ausencias eran mas frecuentes que lo que acostumbraba. Lo comun era que me acompañase desde Errazu hasta muy cerca de mi caserío; pero despues de algun tiempo se separaba de mí en la Cruz del Puerto. Un día le pregunté el motivo por qué se dirigia hacia este lado en lugar de encaminarse á su caserío, y me contestó que ese era un secreto.

—Ya veis, señora: secretos conmigo que nada le ocultaba....

—Es verdad.

—A fuerza de instancias logré que me dijese que por mandato especial de su padre moribundo, tenía á su cargo el vigilar á una dama hermosa, joven y tan buena como rica.... ¡Oh! esto nó lo olvidaré: la cual parece ser que en agradecimiento á un servicio prestado por su padre, le socorria así como á su anciana madre. Mi corazón tuvo miedo, señora, cuando tal oí.

—¿Por qué, hija mia?

—Entonces lo ignoraba.

—¿Y ahora?

—Ahora lo comprendo perfectamente. Ya os he dicho que Félix es hermoso; ella rica y dotada de una belleza poco comun.

—¿La conoceis acaso? preguntó Carolina con alguna inquietud.

—No señora: nunca quise decirme ni su nombre, ni el parage donde vivia. Hará cosa de un mes que repentinamente desapareció Félix del país sin decirme nada. De aquí he deducido que la dama ha concluido por amarlo, y que él me ha abandonado por ella.

—Y tal vez viva en su compañía: ¡qué infamia!

—Pasáronse muchos días sin tener noticias suyas, hasta que al fin hoy....

—¿Os ha escrito? interrumpió bruscamente la condesa.

—No señora: contestó tristemente su interlocutora. Acaso no me cree digna de tanta distinción.

—¿Pero sabéis dónde se encuentra?

—Está en Bayona.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Damian.

—¿Damian, el monaguillo?

—El mismo.

—Y no os ha informado....

—De nada señora: lo único que he podido averiguar es que se encuentra en Bayona: ¿cómo, con quién? lo ignoro.

—Pero es preciso averiguarlo.

—¿Y qué resultará de ahí, señora? la doble certeza de que él ya no me ama, y que yo soy muy desgraciada.

Y la sencilla virgen prorumpió en amargo llanto.

—Sin embargo, procuremos al menos quitarle la máscara con que se encubre, y sepamos de una vez á qué atañernos.

—¡Oh señora!

—Nada, nada: es preciso: dejad eso de mi cuenta.

—Mi padre os ayudará también.

—Es verdad: decidle que se entienda conmigo.

—Se ha dirigido á la madre de Félix á tomar informes.

—¿A su madre? exclamó Carolina vivamente alarmada.

¿Y cuándo ha marchado?

—Esta mañana. A estas horas debe haber llegado ya.

—Bien, bien: si lo veis, decidle que deseo hablarle acerca de eso para que procedamos de acuerdo. Y ahora, hija mia,

descansad en mí, y retirémonos; la tarde amenaza tempestad.

Y la condesa sonriéndose, é Inés agradecida y algo consolada, desaparecieron en el ancho portal de la casa de Mad. de Brèssens.

CAPITULO XIII.

EN QUE SUCEDEN UNA PORCIÓN DE COSAS CUYA ESPLICACION SE VERA MAS TARDE.

La atmósfera presentaba en efecto síntomas inequívocos de un huracán de invierno: nubes de color plomizo comenzaban á agruparse sobre las cumbres de los montes vecinos, y de sus oscuros senos salían de vez en cuando soplos poderosos de viento que hacían doblar las altivas cimas de robustas encinas, gallardos pinos y demas árboles, que no por estar desprovistos de hojas, dejaban de mostrarse arrogantes y fieros contra el enemigo que les enviaba aquellos cortos golpes de viento, como para cerciorarse de los grados de resistencia que podrían oponerle cuando desplegase toda su fuerza.

Las nubes que en un principio solo cubrían los puntos mas elevados de las montañas, fueron estendiéndose poco á poco, y concluyeron por cubrir enteramente el horizonte. Por la parte de Poniente, quedaba aun una hendidura por llenar; por ella se podía ver el azul del firmamento, que contrastaba de una manera extraña con el sombrío velo que cubría el resto.

Al poco tiempo llegó el sol á aquella hendidura, esparció anchas zonas de luz, que tiñeron las nubes, de un color sanguineo, lúgubre sobre toda ponderación, mezcla confusa del negro y encarnado. Luego descendía el disco solar; el color de sangre tornabáse amarillento; luego palidecia mas y mas; despues el sol se ocultaba; tapábase la hendidura; dilatábanse las nubes; desaparecía el azul del cielo....

La noche y la tempestad se iban á encontrar.

Los árboles, los arbustos, permanecían inmóviles: un silencio solemne reinaba en la naturaleza, y ni las aves nocturnas se atrevían á alzar su pesado vuelo, permaneciendo agazapadas en los agujeros que les sirven de madriguera.

Solo de vez en cuando algun lobo hambriento lanzaba á lo lejos su triste aullido, al que respondían los agudos gáñidos de las zorras.

Carolina habia anunciado que aquella noche se recogería temprano, y á las nueve todos los habitantes de la aldea y todos los que moraban en casa de Mad. de Brèssens, se hallaban dormidos.

Media hora despues, la puerta del aposento de la condesa se abrió, y salió esta cautelosamente, dirigiéndose á la habitación que ocupaba su mayordomo.

—¿Qué sucede condesa? preguntó éste ofreciéndola una silla y guardando unos papeles que tenia sobre la mesa. Muy grave debe ser el motivo que os impele á honrar mi solitaria morada.

—Siento haberos distraído de vuestras ocupaciones, coronel, contestó Mad. de Brèssens: si os soy importuna, me marcharé.

—Sois cruel conmigo, Carolina, dijo D'Herville sentándose á su lado. Sabéis que os amo, os lo he repetido una y mil veces, y cuando no encuentro en vos indiferencia....

—Precisamente vengo á hablaros de amores, interrumpió Carolina.

—¡Diablo! pensó D'Herville. Y luego añadió en voz alta: en buen hora, condesa; es decir, que al fin os habeis compadecido de mis tormentos.

—Así es, querido D'Herville: me he compadecido de vos, y eso que no habeis sido franco conmigo.

—Pardiez condesa: yo me acuerdo haberos dicho en francés correcto, en castellano puro, y aun creo que en no muy buen inglés, que sois hermosa, y que os amo.

—Y yo, coronel, creo que en los mismos idiomas en que me habeis declarado vuestro amor, os he contestado que no podía corresponderos.

—Lo cual os ha causado remordimientos, y venis ahora á decirme que os pesa el no haber admitido mi cariño.

—No se trata de eso, amigo mio, lo mismo opino hoy que entonces respecto á ese asunto.

—Lo siento, Carolina; dijo German procurando entristecerse.

—En verdad D'Herville, repuso la condesa, que si me hallase de humor, me burlaría de vos.

—Hace tanto tiempo que os ocupais de ello.... murmuró el coronel haciendo un mohín, que podía pasar por un suspiro.

—Dejemos si os place burlas á un lado, German, y veamos si podemos entendernos.

—Vive Dios, que no deseo otra cosa.

—Siendo eso así, no será muy difícil. Supongamos, coronel, que vos habeis mentido al asegurar que me amais, y que yo he dicho la verdad al contestaros que no os amo.

—Pero esa suposición....

—Es una realidad, D'Herville; no me interrumpais. Yo bien sé que joven todavía, encerrado en estos parages solitarios, desocupado las mas veces, y estando yo á vuestro lado, era preciso que procuráseis pasar el tiempo de la manera mas agradable que os fuera posible: también sé que una de las distracciones favoritas de los hombres de vuestro temple, es requebrar de amores á las mujeres que encuentran á la mano. No os culpo por ello: es en los hombres una cosa que á fuerza de ser comun, tiene visos de razonable. Pero en nosotras, amigo mio, los negocios de amor son los negocios mas graves de la vida.

—El diablo me lleve, si atino á donde vá á parar, murmuró German.

—Suele acontecer, prosiguió Carolina, que la Providencia para vengarnos de vuestros fingidos juramentos, permite que el amor que empezó de burlas, acabe de veras. He conocido muchos hombres á quienes ha sucedido esto.

—Sois perspicaz, Carolina.

—Mas de lo que pensais; y por lo mismo he conocido que no me amabais.

—Y añadid que ese conocimiento os ha movido á no escuchar mis palabras de amor.

—Vivis engañado D'Herville. Aunque os hubiese visto morir de amor, no hubiera podido corresponderos.

—Porque amais á otro.
 —¿Quién os lo ha dicho? preguntó Carolina frunciendo imperceptiblemente las cejas y arqueadas cejas.
 —Nadie; pero lo supongo.
 —Aunque así fuese, nada tiene que ver con lo que vamos á tratar. Os he dicho que compadecida de vuestras penas, venia á hablaros de amor.
 —Decid, Carolina, decid: porque á la verdad que escitais en alto grado mi curiosidad.
 —Vamos, pues, al asunto. Uno de los hombres que yo he conocido, de los que empiezan por fingir amores á una mujer y concluyen por amarla de veras, sois vos.
 —¿Yo? preguntó D'Herville con asombro.
 —Si vos: pero no es á mí á quien amais.
 —¿Pues á quién?
 —A Inés; á mi camarera.
 El festivo, frívolo y arrogante coronel, bajó la cabeza, y permaneció callado.

—Ya veis que no me equivoco; que soy perspicaz.
 —Y mal intencionada además, dijo D'Herville; porque conociendo que amo á esa jóven, os interponéis siempre entre ella y yo, y nunca me dais ocasion de poderla decir sin testigos, que la amo; porque en verdad, condesa, que estoy loco por ella.
 —¿Hablais de veras, D'Herville?
 —Os lo juro, Carolina.
 —Bien está: y ahora comprendéis que ni soy cruel, ni mal intencionada, como os complaciais en llamarme hace un instante. Si os servia de estorbo, si procuraba evitar todas las ocasiones en que pudiérais encontraros á solas con ella, era porque adivinaba que no la amábais todavía, y no queria dejar espuesta á vuestras seducciones, una jóven á quien estimó en mucho, y que me ha sido confiada por su padre. Tenia además otra razon para impedirlo: ¿os parece prudente, en la situación especial en que nos encontramos, granjearnos enemigos, cuando mas que nunca necesitamos de

la confianza de las gentes que nos rodean? En verdad D'Herville que os desconozco.

El coronel fijó sus miradas en la condesa, y despues de contemplarla por algun tiempo, dijo:

—Lo cierto es, que las pasiones ciegan á los cortesanos mas descorazonados, lo mismo que al palurdo mas salvaje.

—Ahora que la amais, prosiguió Carolina como si no hubiese oido la observacion del coronel, ahora que la amais, ya es otra cosa. Habladla cuando y como creais conveniente: os la entrego, confiada en que su mejor salvaguardia será vuestro amor hácia ella.

—Pero Carolina, repuso D'Herville, ¿creeis de buena fé que trate de casarme con Inés?

—Esa es cuenta que debéis arreglar con vuestra conciencia: nada tengo que ver con eso.

Y Carolina sin decir mas, salió del aposento.

(Se continuará.)

J. M. GOIZUETA.

EL LIBRO DEL TIEMPO.—HISTORIA DE NAPOLEON EL GRANDE.—LAS MEMORIAS DEL DIABLO.—MARÍA ESTUARDO.—DOCE ESPAÑOL DE BROCHIA GORDA.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

VIAGE ILUSTRADO

EN LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

Tal es el título de una obra que vamos á publicar y que abrazará cuanto puede haber de interesante, de curioso é instructivo en todas las regiones y en todos los pueblos del universo. Topografía, estadística, arquitectura, carácter y costumbres de los habitantes, recursos públicos ó secretos de los gobiernos, religion, leyes, trages, agricultura, industria, comercio, estado militar, marina, hacienda, preocupaciones y usos nacionales, curiosidades de la naturaleza y monumentos del arte, tales serán los objetos importantes que sucintamente procuraremos presentar con claridad y apreciar con justicia. Llamando en nuestra ayuda á los geógrafos mas hábiles entre los sabios modernos, á los viajeros mas justamente estimados y á los navegantes de mas renombre por sus descubrimientos ó por sus trabajos, podremos con su auxilio trazar en relieve un conjunto tan exacto como imponente de las cosas mas notables del mundo conocido.

Principiará la obra con una *Introducción* sobre el origen de las razas humanas, asunto interesante y curioso, que en España no se ha tratado, y que estamos seguros será leído con placer por toda clase de personas. Seguirá la descripción del *Asia*, cuna de la civilización del mundo, como lo es del cristianismo, que tanto ha contribuido á propagarla; vendrá luego el *Africa* con sus desiertos arenales y sus monumentos célebres; despues la *América* y la *Oceania*, y por último, *Europa*, donde nos detendremos mucho mas que en ninguna otra parte, porque siendo la region en que vivimos, es la que mas nos importa conocer. Las noticias de países lejanos pueden agradar á la generalidad, pero no son útiles sino para un corto número; las de aquellos en

que habitamos ó con los que por su proximidad mantenemos relaciones frecuentes, son enteramente indispensables á todos. En cada una de las cinco partes del mundo, marcaremos sus divi-

adquirido sin pensarlo, noticias muy exactas de la geografía universal, y esto sin fatigarse ni aburrirse, sino por el contrario, experimentando igual deleite que si leyera un libro de recreo. Nuestro prin-

que hemos hecho de nuestro plan, se comprenderá que lo que vamos á dar es una obra original en cuanto pueden serlo las de su especie, no la traducción de un libro cualquiera. Hemos adoptado por base el viage de Champagnac y Olivier, porque es el que nos ha parecido mejor entre los infinitos que hemos consultado; pero reservándonos adicionarlo no solo con lo que hay bueno ya publicado, sino con relaciones manuscritas que poseemos, de muchísimo mérito, relativas particularmente á nuestras posesiones de ultramar y á algunas de las repúblicas de América que formaron parte de la monarquía española. Por no dar demasiada estension á este prospecto, no citamos aquí las principales obras de que nos hemos valido ni el índice de los manuscritos; pero no dude el público que lo haremos en su lugar correspondiente para que sirvan de testimonio, puesto que todo el mérito por nuestra parte está reducido á la compilación.

En cuanto á la parte material, nada perdonaremos para que sea lo que una obra de esta especie requiere. Vamos á hacer una *edición de lujo*, ilustrada con bellísimos grabados, cuyo número no puede fijarse ahora; pero que desde luego aseguramos no bajará de ochocientos á mil, entre los que habrá de figuras, de trages, de poblaciones, de monumentos y hasta de plantas y animales raros. La forma será en 4.º mayor igual á la *Historia de Cien años*, el papel superior satinado y los caracteres nuevos. Toda la obra constará de dos tomos, cuyo volumen no puede determinarse, porque es imposible calcular hoy lo que ocupará el texto y los grabados: creemos, sin embargo que cada tomo no excederá de treinta entregas.

siones en imperios, reinos, repúblicas, estados ó tribus, y adoptaremos esta clasificación para tratar de ellas, de modo que concluida la obra, el lector habrá

cial estudio en esta publicación, ha sido hacerla agradable y útil para todos, sin distinción de sexos ni edades.

Sin mas que las ligeras indicaciones



CONDICIONES DE SUSCRICION.

El VIAGE ILUSTRADO EN LAS CINCO PARTES DEL MUNDO formará parte de la colección de obras de la *Biblioteca Española*, incluyéndose en la primera sección. El reparto se hará por entregas de 24 á 32 páginas cada una, y el precio es un real la entrega en Madrid, y real y medio en provincia, enviándose por el correo franco el porte. El abono se hace de cuatro en cuatro entregas adelantadas. Con objeto de apresurar el término de la publicación se repartirá una entrega cada cinco días.

Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25; y en provincias, ultramar y el extranjero, en casa de los corresponsales de la *Biblioteca Española* y del establecimiento de Mellado.

La entrega primera se ha repartido el día 25 de junio.

HISTORIA DE CIENT AÑOS.—HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL Y DEL PARTIDO LIBERAL Y CARLISTA.—HISTORIA DE LA LITERATURA ANTIGUA Y MODERNA.